

EL BARCO



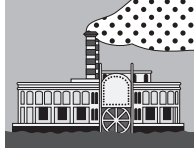
DE VAPOR

Tito

Marcelo Simonetti



EL BARCO



DE VAPOR

Tito

Marcelo Simonetti

ediciones **sm**

Tito

Ilustración de portada: Fabián Rivas H.

Dirección literaria: Sergio Tanhnuz P.

Edición: Paula Peña R.

Dirección de arte: Carmen Gloria Robles S.

Diagramación: Roberto Peñailillo F.

Producción: Andrea Carrasco Z.

Primera edición: agosto de 2013.

© Marcelo Simonetti U.

© Ediciones SM Chile S.A.

Coyancura 2283, oficina 203,
Providencia, Santiago de Chile.

ATENCIÓN AL CLIENTE

Teléfono: 600 381 13 12

Correo electrónico: chile@ediciones-sm.cl

Página web: www.ediciones-sm.cl

Facebook: www.facebook.com/edicionesSMChile

Twitter: @Ediciones_SM

Registro de propiedad intelectual: 231.436

Registro de edición: 231.438

ISBN: 978-956-349-508-9

Impresión: Quadgraphics Chile S.A.

Av. Gladys Marín Millie 6920, Estación Central

Impreso en Chile / Printed in Chile

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

*Para mis queridos hijos, Bruno y Vicente,
aunque le hayan pegado a la pelota
con la elegancia de un elefante.*

JUEVES

Los adultos son unos animales extraños: se besan en la boca, se pasan la vida trabajando y nunca tienen tiempo para jugar. Me gustaría saber qué tienen en la cabeza. El Vicente dice que nada. Y yo sospecho que es así, que con los años la cabeza se les vacía. Mi mamá es distinta, claro. No anda besuqueándose y juega muy bien a las bolitas y al runrún. También a un juego antiguo de computador que se llama Space Invaders.

El Vicente me dice que a lo mejor mi mamá es extraterrestre porque tiene los ojos muy claros, casi como de agua, y eso no es normal. Yo también lo pienso a veces porque de adónde va a ser tan buena para el Space Invaders. Y él me dice que, por ahí, una noche despierto y descubro que tengo un superpoder heredado de mi mamá: como que puedo ver en la oscuridad igual que si fuera de día o que me lanzo por una ventana y soy capaz de volar.

Yo le digo que eso pasa en las películas nomás.
Y el Vicente me mira como queriendo decirme
que yo no sé nada de la vida.



SÁBADO

La vida de los niños también es extraña. Son tantas las cosas que uno quisiera hacer y tantas las reglas y las prohibiciones, que hay días en que pienso que alguien tuvo un despiste cuando decidieron inventar el mundo. A mí siempre me ha gustado saber por qué ocurren las cosas: ¿por qué vuelan los aviones?, ¿por qué los cuerpos flotan?, ¿por qué los planetas son redondos y no cuadrados o rectangulares? Y aunque hay muchas de estas cosas que he ido descubriendo, hay otras que por más que quiera no puedo saber. Ayer, por ejemplo, se fue el señor Marambio y nadie supo por qué. Lo vimos cuando sacaba sus cosas de la sala de profesores. Ni siquiera se despidió de nosotros. El Vicente está seguro de haberle visto unas lágrimas que se le caían de los ojos, y yo le creo porque tiene una vista de lince. Lo más terrible no es que se fuera sin dar explicaciones, sino el

hecho de dejarnos como náufragos en la mitad de un lago. Sencillamente no lo puedo entender.

Él era nuestro entrenador. El DT de Los Ángeles Rojos. Ya no.

Los rumores no han hecho más que empeorar las cosas.

Gutiérrez dice que le van a pasar el equipo al Colorado Fernández, que sufre de mal aliento y, cuando se enoja, salpica saliva casi a cien metros a la redonda. Osorio está seguro de que asume el señor Smith, que de fútbol sabe tanto como de astrofísica. Y alguien escribió en el pizarrón que el equipo lo iba a tomar Harry Potter, el cocinero de la escuela —le dicen así porque tiene una cicatriz que le cruza la frente—, a quien odiamos por su maldita manía de hacer todos los lunes intestinos de vaca con salsa.

La vida a veces puede convertirse en una pesadilla.



DOMINGO

Hoy, el Vicente me pasó a buscar temprano para irnos a la casa de su primo, el Bruno. El Bruno tiene un televisor gigante que su papá trajo del

Japón. Es como estar en el cine pero en tu casa, y la mamá del Bruno siempre nos tiene cosas ricas: alfajores, panqueques, galletitas de amor. Lo mejor de todo son los vasos gigantes de leche con plátano. El Vicente dice que debemos tener cuidado porque con tanta leche con plátano corremos el riesgo de convertirnos en monos y eso no sería bien visto entre nuestras amistades.

El televisor ya estaba encendido y el Bruno figuraba con la camiseta del Lio Messi. Creo que su papá nació allá, en Buenos Aires, y por eso en su casa hay tantas cosas argentinas: un mate, un bandoneón, discos de tango y una foto grande de una señora rubia, linda y elegante, que parece que fue muy importante por esos lados. Bueno, por eso también el Bruno lleva puesta esa camiseta. Nosotros, en cambio, tenemos la del Alexis. Nunca lo hemos dicho abiertamente, pero el Vicente y yo queremos ser como él, como el Alexis; si hasta hemos sacado cuentas, y si nos llega a ir bien y él no es vendido ni al Manchester ni al Milan, es probable que lleguemos a jugar juntos en el Barcelona. Claro, pero primero tenemos que ganarles a los de la Escuela A-66 y luego a los Sagrados Corazones y a los del Instituto, aunque sin entrenador va a ser más difícil que pasar el examen de Lenguaje con Sempiterno Muñoz.

Y eso sí que va a costar.

El juego es simple y hasta entretenido. Si incluso lo practicamos ayer, una vez que festejamos el triunfo del Barcelona con una anotación del Niño Maravilla. El gol del Alexis fue bacán, bonito, brí-gido, nuclear: una joyita. Mi mamá nos explicó que poner adjetivos era como vestirse. Las palabras pueden vivir desnudas, pero siempre será mejor vestir-las como pasa con hombres y mujeres. Vicente y yo nos miramos y luego de pensar en la desnudez de la señora Efigenia, a quien sorprendimos una vez en calzones y sostén, no nos quedó más remedio que asentir. Un perro puede ser solo un perro, pero será mejor que sea un perro lindo, limpio e incluso bravo. Una casa puede ser solo una casa, pero los que ahí viven agradecerán que sea grande, blanca, hermosa.

Los verbos son más difíciles.

Mi mamá nos explicó que los verbos son las cosas que uno hace: correr, saltar, comer, reír. Y a nosotros nos quedó superclaro, pero después el asunto se nos empezó a enredar porque el Vicente dijo que uno también hacía maldades, burradas y hasta caca, y entonces nos dimos cuenta de que los verbos podían ser cualquier cosa.

A los sustantivos no llegamos porque la cabeza se nos empezó a caldear.

Me he convencido de que es bueno estudiar, pero hay días en que existen cosas más importantes. Y esta tarde nuestras manos pedían con urgencia una dosis de PlayStation. Aprovechamos que mi mamá había salido a trabajar y jugamos un partido de larga duración. Empatamos a 8 y el Vicente me ganó en la definición a penales. Él jugaba con el Barcelona; yo con la 'U'.



MIÉRCOLES

No sé si es premonición o premunición, lo cierto es que cuando escribí el otro día que la vida puede convertirse en una pesadilla suponía que algo aún más malo podía pasar. Fue como si hubiera visto esos nubarrones en el horizonte y en cosa de minutos, ¡chan!, el agua hubiera empezado a caer como acabo de mundo. Mi mamá me miraba hacía rato con una cara de le-di-go-o-no-le-di-go. Y yo, como siempre, me había hecho el de las chacras. Hasta que se atrevió y me la soltó. “Uno de estos días va a venir un amigo. Se llama Leo. Va a tomar el té con nosotros...”. No dijo más.

O mejor dicho, no pudo decir más. Salí corriendo como si fuera Usain Bolt. A los gritos le dije que tenía una urgencia. Y me encerré en el baño. Y la frase se repetía en mi cabeza. Me di cuenta de que no usó adjetivos... Y no supe si eso era bueno o malo. Mi mamá llegó a los pocos minutos y, del otro lado de la puerta, me preguntó si me sentía bien. Le dije que la leche con plátano me había caído mal. No sé si se la creyó, pero no volvió a insistir con lo del amigo ese. No es que yo no quiera que tenga amigos, pero cuando dijo 'un amigo', me pareció que lo decía de otro modo... Ojalá sean solo ideas mías, ojalá.



JUEVES

Los temores más terribles se cumplieron. El equipo lo tomó el Colorado Fernández y aunque parece saber algo de fútbol, porque nos habló de un sistema que inventaron los italianos para que no les hicieran goles y que se llama algo así como el catenaccio, escuchar sus instrucciones es un suplicio chino. Si así huele de vivo, nos imaginamos cómo habrá de oler una vez que muera. El Vicente tiene una teoría: asegura que Fernández, además de oler

como huele, debe ser ciego porque de otro modo habría visto el cartel publicitario que hay en la plaza y que dice: "Una boca feliz para una vida feliz, Odontine". Ciego o no ciego, tuvimos que hacer de tripas corazón en el camarín, también en la cancha, de donde rescatamos un digno empate sin goles.

"Aún hay patria, ciudadanos", dijo el Bruno, en una frase que según él profirió uno de los doce apóstoles.



VIERNES

La profesora de biología comenzó a hablarnos de los genes y de cómo la gente es lo que es por culpa de los genes. Si tu pelo es rojo o tus ojos son achinados, es culpa de los genes; si no tienes cuello o tus orejas son como de elefantes, también es culpa de los genes. El Vicente se compadeció del Perro Elizalde, que tiene pelo hasta en las manos, y por solidaridad con él y con las hermanas Mendieta, dos pájaros con jumper, hizo correr una lista en la que, los abajo firmantes, así decía, repudiábamos la tiranía de los genes. El papá del Vicente fue dirigente de un partido político y de vez en cuan-

do se le asoma la veta social. Eso también debe ser por los genes, le dije yo, y entonces les pidió a los otros que le devolvieran la lista, no fuera a ser cosa que por esa carta él iba a dejar de ser el espejo de su padre para convertirse en el vivo retrato del Colorado Fernández o de Harry Potter. Desde entonces que anda diciendo eso de que los hombres son uno y los genes que le tocaron en la repartija.



DOMINGO

El otro día le pregunté a mi mamá cómo era mi papá. “¿Por qué quieres saber?”, me dijo. Y yo le conté lo que nos había hablado la profesora de biología y luego le dije que quería saber cuánto tengo de él, sobre todo porque a veces los nietos heredan las características de sus abuelos y no sus hijos. Y por un momento imaginé a los nietos del Perro Elizalde convertidos en unas bolas peludas llorando en la mitad de una cuna celeste. A mi mamá no le gusta mucho hablar de mi papá. Dice que los papás están al lado de sus hijos y que el mío nunca estuvo ni ha estado. A mí eso me duele un poquito. Pero un poquito nomás. Habrá tenido sus motivos,

digo yo. Lo peor de todo es que no hay ninguna foto suya. El Vicente me ha dicho que quizá mi papá era muy feo. Me lo ha dicho sin querer ofender. Y luego me ha explicado que ser feo no es algo de lo que haya que avergonzarse. Y que en el caso de que te dé vergüenza, cuando grande puedes arreglarte entero si quieres, como su tía Javiera que se cambió la nariz, los ojos y las pechugas, aunque el resultado no haya sido, lo que se dice, un éxito.

Esas son cosas que nunca voy a entender del mundo de los adultos.

Hay noches en que sueño que me convierto en uno de ellos y entro a la clínica y salgo transformado en un ser horrendo, irreconocible, con la boca entre los ojos, una oreja en el mentón y la otra sobre la cabeza.

Le he dicho a mi mamá que me diga por lo menos una cosa. “¿Qué cosa?”. “¿Mi papá era muy feo?”, le he preguntado. Y ella me ha dicho que no, que ni siquiera era feo. Y eso ha sido un gran alivio. Si llego a casarme y tener hijas, por lo menos sé que no voy a invertir en cirugías.

Sempiterno Muñoz es, para muchos de nosotros, la encarnación del mal. Le tememos. Yo no sé muy bien cómo es que el miedo se te mete en la piel, pero es cosa de verlo entrar a la clase llevando bajo el brazo cientos de libros, y un silencio de cementerio se apodera de la sala. Y cuando nos saluda con ese tono de rey de los hunos, apenas respondemos con un hilo de voz. Se permite una sonrisa maléfica antes de comenzar la clase, sabiendo tal vez que, en las dos horas que tiene por delante, nos hará sudar frío.

Sempiterno Muñoz suma una larga lista de compañeros caídos en el cumplimiento de su deber. Yo sentí mucho que dejara repitiendo a Pokémon Martínez, a los mellizos Bellolio y a la Martita Ott, a quienes quería casi como hermanos.

El Vicente dice que estudiar es como ir a la guerra, porque en el camino haremos grandes amigos y a muchos de ellos no los volveremos a ver.

O bien, en el living de tu casa caerá una bomba atómica si llegas a echarte Lenguaje o Matemática o Comprensión del Medio, y ya nada volverá a ser como antes.

Él dice que Hiroshima demoró cuarenta años en levantarse y aun así muchos de sus habitantes siguen recordando el trágico día. Si llego a echarme Lenguaje, no quiero imaginar lo que puede pasar. No quiero llegar a los cincuenta teniendo pesadillas con Sempiterno Muñoz.



MARTES

Luisito Cardozo es el mejor jugador de nuestro equipo. Donde agarra una pelota la mete dentro. Nadie duda del futuro que le espera. Si tuviéramos diez como él, estaríamos para jugar la final interplanetaria. Para nuestra desgracia, los dos punteros que lo acompañan exhiben la velocidad de una marmota; y en el fondo no tenemos a otros que a los hermanos Becerra, unas máquinas de hacer fouls; y en el arco, Martínez se queda dormido en la mitad del juego y tiene que darse duchas heladas para reaccionar. Pero con Luisito Cardozo en la cancha, la fe nos sobra. El Vicente me dice que nunca deberíamos despegarnos de él, que debiéramos ser como los mosqueteros, que eran todos para uno y uno para todos...

Él me dice que hay cosas en la vida que se deben hacer así, todos para uno y uno para todos. El matrimonio no, me aclara, porque uno puede contraer la enfermedad de la poligamia, que es pariente de la poliomiélitis, y que provoca que los hombres tengan muchas mujeres. Me dice que en Oriente es una epidemia y que hay que tener mucho cuidado para evitar que entre en nuestro país. De hecho hay algo que le preocupa de Luisito Cardozo, algo que puede ser terrible. Resulta que el Vicente ha visto al padre de Luisito besándose no solo con su esposa, una señora muy compuesta, de moño y cejas gruesas. También lo ha visto besándose con la mamá de Pablo Mardones y con la inspectora del patio de media... Me ha dicho que no vaya a ser cosa de que el Luisito Cardozo también tenga la enfermedad y termine por contagiarnos. Si eso llega a pasar, y de la noche a la mañana nosotros empezamos a besarnos con cuanta mujer se nos cruce, si llegáramos a convertirnos en polígamos, me ha hecho jurarle que contaremos todo lo que sabemos y diremos a los cuatro vientos la verdad sobre el papá de Luisito Cardozo, el responsable de la expansión de la poligamia por América del Sur.

MIÉRCOLES

A propósito de mujeres, el Vicente me dice que en algún momento de la vida tendremos que comenzar a besarnos con ellas, a menos que seamos gay y comencemos a besarnos con otros hombres. Yo le he dicho que por ahora no me apetece ni una cosa ni la otra, pero él se ha puesto un plazo y que de aquí a tres años espera besar a una niña. Le he preguntado si ya sabe a quién. Y él me ha dicho que sí: a Victorita Ferrer, una niña demasiado larga y demasiado flaca. También demasiado rubia, al menos para mí. El Vicente me ha dicho que tiene un plan para que todo salga como él quiere...

Un par de días antes visitará a su abuelo Melquiades que antes de llegar a Chile vivió en Galicia. Una guerra lo trajo hasta acá y desde que puso un pie aquí no ha dejado de pensar en su patria. Al Vicente le gusta eso, almorzar en la casa de su abuelo Melquiades, porque es como estar en otro país, o mejor dicho, como estar en España. El Vicente me dice que allá comen chipirones en vez de calamares, morcillas en vez de prietas, gambas en vez de camarones, y así.

Bueno, volviendo a su plan, la idea es visitar a su abuelo el día en que haga un pulpo a la galleta, comerlo sin hacerle asco, y besar a la elegida, envuelto en esa nube de ajo que al abuelo Melquiades lo acompaña por casi una semana, en el primer recreo del día lunes. Me asegura que es un plan perfecto, y cuando yo le digo que si a Victorita Ferrer no le dará un poco de asco ese olor a ajo, el Vicente me dice que esa es precisamente la idea, que luego de ese beso la Victorita Ferrer no se le vuelva a acercar en la vida, porque le daría vergüenza y porque tampoco quiere andar besuqueándose todos los santos días.



JUEVES

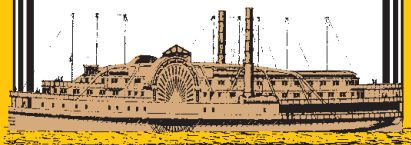
Ayer hubo un revuelo especial en la escuela. Un ruso atravesó el patio de básica hacia la oficina del señor Malatesta, el director. En realidad, nadie sabe si nació en Rusia, pero el Claudio Meneses dijo haberlo oído saludar en un idioma extraño que a él le pareció que era el ruso, aunque en lenguas él solo sepa decir, y con dificultad, "yes". El asunto es que nadie le dijo que no, porque el hom-

bre tenía el pelo de un rubio casi blanco, y la nariz y los ojos no eran como las narices y los ojos que uno ve todos los días en la calle. Osorio dijo que todos los rusos son crueles y sanguinarios. Y Galdames agregó que los que aparecen en televisión suelen ser fríos, tontos y buenos para tomar vodka. Lo vimos pasar muy temprano a la oficina del señor Malatesta, a la hora en que él acostumbra hacer sus reuniones importantes; los vimos caminar juntos por los pasillos del patio de básica y despedirse con un apretón de manos, lo que era señal evidente de que el señor Malatesta había quedado contento con la conversación. El señor Malatesta, hay que decirlo, es un pequeño dictador, un hombre que hace cuanto se le antoja. La mamá de Osorio dice que es un maleducado, porque pasa sin saludar y se da unos aires que ni el rey de Bélgica, en una frase que hasta ahora no logro entender del todo. Como sea, con Osorio y otros compañeros nos referimos a él como el rey de Bélgica y, luego de tanto decirlo, hemos llegado a creer que los belgas son personas muy parecidas al señor Malatesta, lo que nos ha llevado a creer que Bélgica es un lugar parecido al infierno. El Vicente, que es más agudo que el resto, ha hecho una pregunta luego del recreo largo, que nos ha dejado a todos en estado de shock: “¿Y si el ruso no es ruso sino belga, ah?”.

Tito mira con extrañeza el mundo de los adultos, esos insólitos humanos que se besan en la boca y trabajan sin parar. Mientras ellos viven sus vidas, Tito solo quiere lograr la victoria con su equipo de fútbol, Los Ángeles Rojos. Pero para eso hay que recorrer un largo camino, porque, como dice la vieja máxima: "Los muchachos ganan partidos, pero los hombres ganan campeonatos".

Marcelo Simonetti es periodista, escritor y guionista. Escribe columnas para la sección Deportes del diario La Tercera. Ha publicado los libros *El abanico de madame Czechowska* y *La traición de Borges*, obra que recibió el Premio Casa de América en 2005 (España). Tito es su primera novela en el ámbito de la literatura infantil y juvenil.

A PARTIR DE 12 AÑOS



ISBN 978-956-349-508-9



9 789563 495089